Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, Ciudad de México, México.
ISSN 2707-2207 / ISSN 2707-2215 (en línea), septiembre-octubre 2026,
Volumen 10, Número 5.

https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v10i5

CUANDO LA MEMORIA DE NUESTROS MAYORES PUEDE DESAPARECER: UNA MIRADA A LOS SABERES ANCESTRALES SOBRE LAS PLANTAS MEDICINALES

WHEN OUR ELDERS' MEMORY IS AT RISK: AN INSIGHT INTO ANCESTRAL KNOWLEDGE OF MEDICINAL PLANTS

Fredys Antonio Buelvas
Secretaría de Educación Departamental del Atlántico

María Rocio Charry Fandiño
Secretaría de Educación del Tolima

DOI: https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v10i5.26775

Cuando la Memoria de Nuestros Mayores Puede Desaparecer: Una Mirada a los Saberes Ancestrales sobre las Plantas Medicinales

Fredys Antonio Buelvas[1]
fredysbuelvas@gmail.com
https://orcid.org/0009-0006-4910-2675
Secretaría de educación Departamental del Atlántico

María Rocio Charry Fandiño
rcharry2409@gmail.com
https://orcid.org/0009-0002-7872-1214
Secretaría de Educación del Tolima

RESUMEN

Este artículo de reflexión aborda la importancia de preservar los saberes ancestrales relacionados con las plantas medicinales como parte de la memoria colectiva, la identidad cultural y la relación entre las comunidades y sus territorios. La preocupación central es que muchos conocimientos transmitidos oralmente por abuelos, abuelas y personas mayores pueden desaparecer cuando se debilita el diálogo entre generaciones o se transforman los espacios naturales donde crecen las plantas. Desde una perspectiva educativa y comunitaria, se examina el papel de las familias, las instituciones escolares y los mayores en la transmisión de estos conocimientos. Se propone recuperar relatos mediante entrevistas autorizadas, organizar archivos de memoria cultural, promover huertas escolares y desarrollar actividades que relacionen biodiversidad, lenguaje, ciencias sociales y ética. La reflexión también destaca la necesidad de respetar las decisiones de las comunidades sobre sus conocimientos, reconocer sus aportes y evitar la divulgación de información sin consentimiento. Se plantea, además, un diálogo responsable entre el conocimiento local y la investigación científica: el valor cultural de una práctica no equivale automáticamente a una comprobación médica, por lo que deben evitarse recomendaciones terapéuticas sin evidencia. Se concluye que conservar estos saberes exige escuchar a los mayores, cuidar los ecosistemas y abrir la escuela a la historia viva del territorio.

***Palabras clave*:** saberes ancestrales, plantas medicinales, memoria colectiva, territorio, educación, biodiversidad.

[1] Autor principal
Correspondencia: fredysbuelvas@gmail.com

When Our Elders' Memory Is at Risk: An Insight into Ancestral Knowledge of Medicinal Plants

ABSTRACT

This reflective article addresses the importance of preserving ancestral knowledge of medicinal plants as part of collective memory, cultural identity, and the relationship between communities and their territories. Its central concern is that knowledge transmitted orally by grandparents, elders, and other community members may disappear when intergenerational dialogue weakens or the natural spaces where plants grow are transformed. From an educational and community perspective, the article considers the role of families, schools, and elders in transmitting this knowledge. It proposes collecting oral histories through authorized interviews, organizing cultural-memory archives, developing school gardens, and designing activities that connect biodiversity with language, social sciences, and ethics. The reflection also emphasizes the need to respect communities' decisions about their knowledge, acknowledge their contributions, and avoid sharing information without consent. It argues for a responsible dialogue between local knowledge and scientific research: the cultural value of a practice does not automatically constitute medical evidence, and therapeutic recommendations without adequate evidence should therefore be avoided. The article concludes that safeguarding this heritage requires listening to elders, protecting ecosystems, and opening schools to the living history of their territories.

Keywords: ancestral knowledge, medicinal plants, collective memory, territory, education, biodiversity.

Artículo recibido 20 agosto 2026
Aceptado para publicación: 20 setiembre 2026

INTRODUCCION

Hay cosas que las personas aprendemos sin darnos cuenta, muchas de ellas no las aprendemos en un salón de clases, ni tampoco en libros, en ocasiones solo observando a nuestros abuelos preparar una bebida de toronjil o haciendo uso de las hojas de la planta de sábila, este aprendizaje silencioso, cotidiano, tan normal que pareciera poco importante, son las acciones que sostiene uno de los patrimonios más frágiles que tenemos: el conocimiento sobre las plantas medicinales.

Esta relación que los seres humanos guardamos con la naturaleza, viene desarrollándose desde miles de años atrás, no es simplemente hablar de botánica es algo más profundo, es intentar entender nuestro mundo en relación con el territorio en el que habitamos, conectar también las enfermedades con las emociones que ellas generan, el remedio con la historia de las familias, pues para muchas comunidades indígenas y tradicionales la salud no solamente es física es también espiritual, territorial y relacional. Por ello, queda claro que las plantas no son simplemente un recurso del entorno, difícil de catalogar; sino, al mismo tiempo un conocimiento propio de algunas comunidades, que cada vez se hace más difícil de proteger. En este punto es donde surge una pregunta sencilla pero muy importante: ¿qué pasará con todo ese conocimiento cuando quienes lo guardan ya no estén?

Una memoria que no cabe en los libros

Durante mucho tiempo los saberes de los que hablamos se venían transmitiendo a través de la palabra, no escrita sino verbal, de las observaciones y las experiencias, por lo tanto, no quedaban escritos, archivos o registros que soportaran la memoria viva de las personas y la continuidad de esas prácticas cotidianas. Sin embargo, durante muchas generaciones y siglos esta manera de transmisión funcionó, pero indudablemente hoy algo ha cambiado y no es que el mundo moderno sea el malo de la historia, sería injusto verlo de esa manera, el problema es más sutil de lo que parece y podría explicarse, desde que conversar con nuestros mayores dejo de ser importante, cuando los visitas se volvieron más cortas y los periodos de uso de las pantallas más largas, cuando comenzamos a asumir que algo no tiene valor porque no está publicado en un libro o en una revista, vamos cediendo terreno sin darnos cuenta, y es claro que ese terreno, una vez perdido, no es fácil de recuperar. (Toledo & Barrera-Bassols, 2008; Berkes, 2012; Maffi, 2005; Gadgil et al., 1993).

Es bueno aclarar que no todas las prácticas tradicionales tienen respaldo científico comprobado, y tampoco es necesario que lo tenga para que merezca atención y respeto. Lo que importa reconocer es que estos conocimientos forman parte de identidades construidas durante siglos, y que su desaparición no sería simplemente una pérdida cultural, sería también la extinción de una manera particular de ver el mundo.

Sin territorio, no hay saber que sobreviva

En veredas como El Escobal, en el cañón de Las Hermosas, la relación entre sus habitantes y su entorno es muy cercana y directa, las plantas medicinales crecen en caminos, patios, zonas baldías, a orillas de trochas y quebradas o ríos, sin embargo, este entorno hoy se encuentra amenazado.

Aquí viene una contradicción que pocas veces se nombra con suficiente claridad: no tiene sentido promover la preservación de saberes sobre plantas si simultáneamente permitimos —o ignoramos— la destrucción de los ecosistemas donde esas plantas viven. ¿Qué le enseñamos a un niño sobre el uso de una especie que ya no existe en su territorio? ¿Qué sentido tiene documentar un conocimiento si el objeto de ese conocimiento ha desaparecido? (Convention on Biological Diversity, 1992; Cunningham, 2001; Colombia, Congreso de la República, 1993).

Por eso cuando hablamos de conservar saberes ancestrales, inevitablemente estamos hablando también de proteger el territorio, debemos entender que situaciones como el cambio climático, la deforestación, la contaminación de fuentes hídricas: estos no son temas distantes para las comunidades que construyeron su forma de entender la salud a partir de lo que el entorno les ofrecía. Son amenazas directas a su memoria colectiva.

La escuela tiene algo que decir y mucho que aprender

Consideramos que la educación puede convertirse en uno de los principales caminos para evitar que estos saberes desaparezcan, sin embargo, hay que apropiarse en el marco de este proceso, inicialmente del entorno local es decir lo que sucede a nivel de comunidades, por lo tanto, la escuela esta llamada a no solamente convertirse en un espacio para el encuentro, no solo de conocimientos formales, sino en un espacio de dialogo de acción, hoy un estudiante puede aprender biología mirando las plantas que crecen a un lado de su escuela, puede mejorar su aprendizaje transcribiendo lo que su abuela le cuenta

sobre el uso del orégano o la ruda, puede entender la ecología participando en una huerta donde cada planta tiene un nombre, una historia y un uso que algún miembro de su comunidad recuerda.

Esto no es romanticismo pedagógico, es una apuesta concreta por una educación que no le dé la espalda al lugar donde ocurre.

Por ello, las huertas escolares, son un ejemplo, para que un ejercicio práctico de ciencias naturales bien pensados, pueden convertirse en espacios para la memoria y la recuperación de conocimientos, que algunas de las personas de la comunidad aún recuerdan y que comprendan que detrás de cada una de esas plantas puede existir una historia y un conocimiento que merece ser cuidado. (UNESCO, 2017).

Desde nuestra mirada, unir la educación, la cultura y el territorio permitiría que los estudiantes entiendan que aprender no significa solamente memorizar contenidos. También significa saber quiénes somos, de dónde venimos y qué responsabilidad tenemos con el lugar donde vivimos.

Modernidad y tradición no tienen que ser enemigos

Uno de los errores que cometemos con más frecuencia es presentar estos dos mundos como si fueran incompatibles, ya que elegir la ciencia no significa abandonar la tradición, o como si valorar el conocimiento ancestral implicara rechazar el pensamiento crítico y la evidencia. Por ello, creemos que el verdadero desafío está en aprender a encontrar un equilibrio entre ambas.

Por eso, creemos necesario un diálogo genuino y espacios dentro de nuestras escuelas. La ciencia debe seguir siendo una herramienta poderosa para investigar pero que al mismo tiempo permita contrarrestar el olvido de los saberes. nuestras comunidades tienen décadas o siglos de observación acumulada de conocimientos de cómo determinadas plantas afectan el cuerpo humano en situaciones determinadas. Ambas fuentes de conocimiento pueden trabajar unidas, complementarse y enriquecerse mutuamente, siempre que ninguna pretenda ser la única voz válida en la conversación.

El verdadero riesgo no está en la tecnología ni en el progreso, está en el olvido cotidiano de las personas el cual ocurre cuando decidimos, consciente o inconscientemente, que ciertos conocimientos no merecen nuestro tiempo.

Una responsabilidad que nos toca a todos

Consideramos que conservar los conocimientos relacionados con las plantas medicinales no es una responsabilidad exclusiva de los pueblos indígenas. También es responsabilidad de las familias, las instituciones educativas, las autoridades y de la sociedad en general.

Las familias tienen un papel importante y es valorar lo que sus mayores saben y que puedan compartir sus conocimientos con niños y jóvenes, por lo que es necesarios que se abran espacios dentro de los mismos hogares. Nuestras instituciones educativas por su parte deben abrir espacio para lo local dentro del currículo, no como un agregado folclórico sino como contenido legítimo propio del espacio donde, la escuela, tiene influencia. Por su parte las autoridades tienen la obligación, creemos, de proteger los territorios donde estos saberes tienen sentido y crear políticas que reconozcan la diversidad de formas de conocimientos ancestrales. Por su lado, la sociedad en general debe dejar de tratar la cultura tradicional como un asunto del pasado que no tiene nada que aportar al presente y al futuro de nuestras generaciones.

Documentar lo que todavía puede documentarse es urgente. Crear espacios donde los mayores puedan compartir lo que saben, también. Pero más urgente aún es cambiar la mirada, entender que cuando una persona mayor muere llevándose consigo un conocimiento que nadie se tomó el tiempo de escuchar, no perdemos solo información, perdemos una parte de quiénes somos.

Para que la memoria no quede solo como recuerdo

Desde nuestra perspectiva, las plantas medicinales representan una oportunidad para mirar nuestro territorio con otros ojos, son una puerta de entrada a algo más grande. Detrás de cada nombre de una planta, detrás de cada preparación que se hace de cierta manera y no de otra, hay una historia de relación entre una comunidad y su entorno. Hay una forma de ver la enfermedad y la sanación. Hay una manera de entender qué significa vivir bien. Por lo tanto, en las tradiciones de las comunidades hay historias, prácticas, conocimientos y diferentes formas de comprender el mundo.

Conservar esa memoria no es mirar hacia atrás con nostalgia, no es vivir en el pasado, es reconocer que una sociedad que no conoce su historia tiene menos herramientas para imaginar su futuro, y que un territorio que pierde su biodiversidad junto con los saberes que esa biodiversidad sostenía se empobrece de una manera que ningún desarrollo económico puede compensar.

Por eso consideramos que proteger las plantas medicinales es, entonces, proteger, la memoria de nuestros ancestros, es una responsabilidad que no podemos seguir dejando para después.

El propósito de esta reflexión

La pregunta que orienta esta reflexión puede expresarse así: ¿cómo pueden las familias y las instituciones educativas contribuir a conservar y transmitir los saberes ancestrales sobre las plantas medicinales, sin separarlos de la cultura y del territorio donde tienen sentido? Esta pregunta permite pasar de la preocupación por una posible pérdida a la búsqueda de caminos concretos para actuar.

El propósito principal es invitar a reconocer estos conocimientos como parte de la memoria viva de las comunidades y destacar el papel que pueden desempeñar la escuela, la familia y los propios mayores en su transmisión. No se trata de afirmar que todas las prácticas tradicionales curan ni de reemplazar la atención médica. Se trata de comprender que estos saberes guardan historias familiares, formas de nombrar el mundo, experiencias acumuladas y relaciones de respeto con la naturaleza.

Conservar no consiste únicamente en escribir los nombres de las plantas o elaborar una lista de sus usos. Preservar un saber implica mantener viva la relación entre la persona que lo conoce, la comunidad que lo reconoce, el territorio que permite encontrar la planta y las nuevas generaciones que pueden aprenderlo. Si uno de estos vínculos se rompe, la información escrita puede permanecer, pero el conocimiento corre el riesgo de perder parte de su sentido.

Los mayores como portadores de memoria y experiencia

En muchas familias, las personas mayores son una fuente de conocimientos que se ha formado a través de la observación, la práctica y la experiencia cotidiana. A veces saben reconocer una planta por su olor, por la forma de sus hojas, por el lugar donde crece o por la época del año en que aparece. También recuerdan quién les enseñó a reconocerla, en qué momento se utilizaba y qué precauciones acompañaban esa práctica. Son detalles que difícilmente se recogen cuando el conocimiento se limita a copiar una definición.

Escuchar a los mayores supone reconocerlos como personas que tienen algo valioso que aportar. No significa aceptar todo lo que expresan sin preguntar ni analizar, sino abrir una conversación respetuosa en la que puedan explicar sus experiencias y en la que los jóvenes tengan la oportunidad de preguntar,

comparar y aprender. Muchas veces el primer paso para recuperar un saber no requiere equipos costosos ni grandes proyectos: requiere tiempo, disposición para escuchar y una pregunta hecha con respeto.

La memoria oral no debe tratarse como una fuente uniforme. Dos personas pueden dar nombres diferentes a una misma planta, o atribuirle usos distintos según su experiencia, su familia o su lugar de origen. Estas diferencias pueden ser una oportunidad para comprender la diversidad del conocimiento local. Cuando sea posible, la identificación de las especies debe hacerse con apoyo de personas capacitadas, pues los nombres populares pueden variar y algunas plantas pueden confundirse con otras.

Una ruta sencilla para recuperar y transmitir los saberes

Una estrategia comunitaria puede comenzar con un ejercicio de memoria local. Los estudiantes, acompañados por sus docentes y familias, pueden conversar con sus abuelos, abuelas, vecinos y otras personas reconocidas por su conocimiento de las plantas. Antes de iniciar, conviene explicar el propósito de la actividad, solicitar permiso para registrar la conversación y acordar qué información puede compartirse y cuál debe permanecer en el ámbito familiar o comunitario. (Albuquerque et al., 2014).

Las entrevistas pueden recoger preguntas sencillas: ¿cómo llaman a esta planta?, ¿quién le enseñó a reconocerla?, ¿en qué lugares crece?, ¿qué historia recuerda relacionada con ella?, ¿cómo se transmite ese conocimiento?, ¿qué cuidados considera importantes?, ¿ha notado que ahora se encuentra menos que antes? Las preguntas deben permitir que la persona cuente con sus propias palabras, sin presionarla para revelar conocimientos que no desea compartir.

Después de las conversaciones, los estudiantes pueden organizar la información en fichas de memoria cultural. Estas fichas podrían incluir el nombre local de la planta, el lugar donde se observa, la persona que compartió el relato —solo si autoriza que se registre su nombre—, la historia asociada y las observaciones sobre el entorno. Si se registra un uso medicinal, debe quedar claro que se está documentando un testimonio comunitario y no ofreciendo una recomendación médica. La identificación botánica y cualquier afirmación sobre eficacia o seguridad requieren verificación especializada.

El proceso puede terminar con una jornada de socialización en la que los mayores sean invitados a compartir sus relatos, los estudiantes presenten dibujos, mapas, audios o textos, y la comunidad decida

qué materiales pueden conservarse en la biblioteca escolar o en un archivo comunitario. Así, la actividad deja de ser una tarea aislada y se convierte en un encuentro entre generaciones.

La huerta escolar como espacio de aprendizaje, memoria y cuidado

Una huerta escolar puede convertirse en un lugar donde diferentes áreas del conocimiento se encuentren alrededor de una experiencia real. En Ciencias Naturales se pueden observar las características de las plantas, sus necesidades de luz, agua y las relaciones que mantienen con otros seres vivos. En Lenguaje, los estudiantes pueden escribir relatos, preparar entrevistas y mejorar su expresión oral. En Ciencias Sociales, pueden explorar cómo los saberes se relacionan con la historia de las familias y con los cambios del territorio. En Ética y Valores, pueden reflexionar sobre el respeto a los mayores, el cuidado de la vida, la responsabilidad colectiva y el reconocimiento de la diversidad cultural.

La huerta no debe presentarse como un simple jardín decorativo ni como un espacio donde se recomienda consumir plantas. Su valor educativo está en observar, preguntar, registrar y cuidar. Algunas especies pueden no ser adecuadas para el cultivo escolar, y cualquier actividad debe tener en cuenta la seguridad de los estudiantes, la identificación correcta de las plantas y la prevención de intoxicaciones. No se deben realizar preparaciones ni ingerir plantas como parte de una actividad pedagógica sin la orientación profesional correspondiente.

También es importante que el trabajo no termine cuando se recoge la cosecha o se presenta una cartelera. La continuidad puede asegurarse mediante responsables por curso, un calendario de observación, registros de cambios en las plantas y encuentros periódicos con las familias. De esta forma, los estudiantes comprenden que cuidar la memoria exige constancia, igual que cuidar un ser vivo.

Respeto, consentimiento y cuidado al documentar

Recuperar conocimientos comunitarios exige responsabilidad. No todo lo que una persona sabe tiene que publicarse, fotografiarse o circular por internet. Antes de grabar una entrevista, tomar fotografías o compartir un testimonio, es necesario solicitar autorización y explicar para qué se utilizará el material. La persona debe poder decidir si desea aparecer con su nombre, si prefiere el anonimato o si no quiere que cierta parte de su relato sea divulgada. (Naciones Unidas, 2007; Convention on Biological Diversity, 2011).

En el caso de comunidades indígenas, es especialmente importante respetar sus formas propias de organización, sus autoridades y sus decisiones sobre el uso de los conocimientos colectivos. La escuela no debe apropiarse de esos saberes ni presentarlos como si fueran descubrimientos propios. Cuando una comunidad comparte conocimientos, debe reconocerse su aporte y acordarse cómo se conservará, quién tendrá acceso a los registros y de qué manera se devolverán los resultados a las personas participantes. (International Labour Organization, 1989; Colombia, 1991; Colombia, Congreso de la República, 1991, 2008).

También es necesario distinguir entre el valor cultural de una práctica y la evidencia científica sobre sus efectos. Una historia familiar puede ser valiosa para comprender la memoria de una comunidad, aunque no demuestre por sí sola que una planta sea eficaz para tratar una enfermedad. Documentar un uso tradicional no debe conducir a recomendar que se suspendan medicamentos o se reemplace la atención de profesionales de salud. La prudencia no disminuye el respeto por la tradición; ayuda a cuidarla y a compartirla de manera responsable.

El diálogo entre el conocimiento local y la investigación científica

La investigación científica puede aportar herramientas para identificar especies, estudiar sus componentes, revisar posibles efectos y reconocer riesgos de toxicidad o interacciones con medicamentos. El conocimiento local, por su parte, puede ayudar a formular preguntas relevantes, reconocer prácticas de cuidado y comprender el significado social y cultural de las plantas. No son caminos idénticos, porque parten de formas diferentes de producir y validar conocimiento, pero pueden encontrarse en procesos de diálogo respetuoso. (Organización Mundial de la Salud, 1998, 2007, 2019, 2025).

La Organización Mundial de la Salud, en su Estrategia mundial sobre medicina tradicional 2025-2034, plantea la importancia de fortalecer la evidencia, promover prácticas seguras y eficaces, respetar la cultura y los derechos de los pueblos indígenas y considerar la sostenibilidad de los recursos naturales. Esta orientación ayuda a entender que la valoración de la medicina tradicional no debe separarse de la investigación rigurosa ni de la protección de las comunidades y la biodiversidad.

La UNESCO explica que el patrimonio cultural inmaterial incluye conocimientos y prácticas que las comunidades reconocen como parte de su identidad y que se transmiten entre generaciones,

transformándose con el tiempo. Desde esta perspectiva, preservar los saberes sobre plantas medicinales no significa congelarlos ni obligar a las nuevas generaciones a repetir exactamente lo que hicieron sus antepasados. Significa crear condiciones para que puedan conocerlos, comprenderlos, valorarlos y decidir responsablemente cómo mantenerlos vivos. (UNESCO, 2003; Colombia, Congreso de la República, 2008).

Una propuesta de trabajo desde la escuela y la comunidad

Para convertir estas ideas en una experiencia educativa, se propone una ruta de cinco momentos que puede adaptarse a las características de cada institución y comunidad:

1. Reconocer el territorio. Realizar recorridos de observación para identificar espacios donde crecen plantas conocidas por la comunidad, sin recolectar especies desconocidas ni alterar los ecosistemas. Elaborar un mapa sencillo con los lugares observados y las amenazas que se reconocen.
2. Escuchar a los mayores. Invitar a personas de la comunidad a compartir recuerdos y conocimientos de manera voluntaria. Preparar preguntas abiertas y acordar previamente qué se puede registrar y divulgar.
3. Organizar la memoria. Construir fichas, relatos, dibujos, audios autorizados o un pequeño archivo escolar. Diferenciar claramente los testimonios de las verificaciones botánicas o científicas.
4. Aprender cuidando. Desarrollar actividades de huerta, lectura, escritura, observación y reflexión ética, con medidas de seguridad y acompañamiento docente. Evitar el consumo o la preparación de remedios como actividad escolar.
5. Compartir y dar continuidad. Presentar los aprendizajes a las familias y a la comunidad, devolver a los participantes una copia de los registros autorizados y acordar cómo se conservará el material para los siguientes grupos.

Para valorar el proceso no basta con contar cuántas plantas fueron registradas. También se puede observar si los estudiantes aprenden a escuchar con respeto, si reconocen la relación entre biodiversidad y cultura, si distinguen un testimonio de una afirmación comprobada, si participan en el cuidado de la huerta y si las familias sienten que sus aportes fueron tratados con respeto. Estas evidencias permitirían conocer no solo lo que los estudiantes aprendieron, sino también la calidad del encuentro entre escuela y comunidad.

Reflexiones finales: cuidar la memoria también es cuidar el futuro

La desaparición de los saberes ancestrales no ocurre siempre de manera repentina. En ocasiones comienza cuando dejamos de preguntar, cuando las conversaciones con los mayores se hacen cada vez más escasas o cuando un niño crece sin conocer los nombres de las plantas que sus abuelos reconocían con facilidad. Por eso, la recuperación de estos conocimientos no puede dejarse únicamente para celebraciones culturales o fechas especiales. Necesita espacios constantes en la vida familiar, comunitaria y escolar.

Cada comunidad debe encontrar su propia manera de cuidar esta memoria. En algunos lugares será importante fortalecer la huerta escolar; en otros, realizar encuentros con mayores, elaborar archivos orales, recorrer el territorio o desarrollar proyectos de investigación escolar. Lo fundamental es que las acciones nazcan del diálogo con la comunidad y respondan a sus necesidades, sin imponer una única forma de conservar los conocimientos.

También debemos aceptar que no todo podrá conservarse de la misma manera y que los saberes cambian con el tiempo. Las nuevas generaciones pueden incorporar herramientas digitales, contrastar información y formular nuevas preguntas sin que eso signifique abandonar sus raíces. La tecnología puede ser una aliada si ayuda a guardar relatos con autorización y a compartirlos de forma responsable; se convierte en un problema cuando reemplaza el encuentro humano o convierte los conocimientos comunitarios en información que circula sin control.

La tarea que tenemos por delante es sencilla de expresar, aunque exige compromiso: escuchar antes de que sea tarde, cuidar los lugares donde crecen las plantas y abrir la escuela a los conocimientos que existen fuera de sus paredes. Si logramos que un estudiante escuche a su abuela, registre con respeto una historia, cuide una planta y comprenda por qué ese conocimiento importa, habremos dado un paso para que la memoria no desaparezca. No se trata de regresar al pasado, sino de construir un futuro en el que el progreso no nos obligue a olvidar quiénes somos.

Sustento conceptual y normativo. Esta reflexión puede leerse a la luz de los trabajos sobre memoria biocultural y conocimiento ecológico tradicional, que muestran la relación entre diversidad biológica, prácticas culturales y transmisión intergeneracional (Toledo & Barrera-Bassols, 2008; Berkes, 2012; Maffi, 2005).

Los marcos internacionales de patrimonio cultural y derechos de los pueblos indígenas destacan la participación de las comunidades, el respeto por sus prácticas y la salvaguardia de sus conocimientos (UNESCO, 2003; Naciones Unidas, 2007; OIT, 1989; Convenio sobre la Diversidad Biológica, 1992; Protocolo de Nagoya, 2010). En el campo de la salud, la OMS insiste en fortalecer la evidencia y la seguridad de la medicina tradicional, sin desconocer su dimensión cultural (OMS, 2019, 2025). En educación, estas perspectivas pueden articularse con experiencias de aprendizaje situado y educación para el desarrollo sostenible, siempre que las actividades se construyan con la comunidad y no conviertan sus conocimientos en información de libre uso sin autorización.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Albuquerque, U. P., Cruz da Cunha, L. V. F., de Lucena, R. F. P., & Alves, R. R. N. (Eds.). (2014). Methods and techniques in ethnobiology and ethnoecology. Springer. https://doi.org/10.1007/978-1-4614-8636-7

Berkes, F. (2012). Sacred ecology (3rd ed.). Routledge. https://doi.org/10.4324/9780203123843

Colombia, Congreso de la República. (1991). Ley 21 de 1991, por medio de la cual se aprueba el Convenio 169 de la OIT. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=37032

Colombia, Congreso de la República. (1993). Colombia, Congreso de la República, 1993, por la cual se crea el Ministerio del Medio Ambiente y se organiza el Sistema Nacional Ambiental. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=297

Colombia, Congreso de la República. (2008). Ley 1185 de 2008, por la cual se modifica y adiciona la Ley 397 de 1997 —Ley General de Cultura—. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=29324

Colombia. (1991). Constitución Política de Colombia. https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=4125

Convention on Biological Diversity. (1992). Convention on Biological Diversity. https://www.cbd.int/convention/text/

Convention on Biological Diversity. (2011). Nagoya Protocol on access to genetic resources and the fair and equitable sharing of benefits arising from their utilization. https://www.cbd.int/abs/doc/protocol/nagoya-protocol-en.pdf

Cunningham, A. B. (2001). Applied ethnobotany: People, wild plant use and conservation. Earthscan.

Gadgil, M., Berkes, F., & Folke, C. (1993). Indigenous knowledge for biodiversity conservation. Ambio, 22(2/3), 151–156.

International Labour Organization. (1989). Indigenous and Tribal Peoples Convention, 1989 (No. 169). https://www.ilo.org/dyn/normlex/en/f?p=NORMLEXPUB:12100:0::NO::P12100_ILO_CODE:C169

Maffi, L. (2005). Linguistic, cultural, and biological diversity. Annual Review of Anthropology, 34, 599–617. https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.34.081804.120437

Naciones Unidas. (2007). Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas. https://www.un.org/esa/socdev/unpfii/documents/DRIPS_es.pdf

Organización Mundial de la Salud. (1998). Quality control methods for medicinal plant materials. World Health Organization. https://www.who.int/publications/i/item/9241545100

Organización Mundial de la Salud. (2007). WHO guidelines for assessing quality of herbal medicines with reference to contaminants and residues. World Health Organization. https://www.who.int/publications/i/item/9789241594448

Organización Mundial de la Salud. (2019). WHO global report on traditional and complementary medicine 2019. World Health Organization. https://www.who.int/publications/i/item/978924151536

Organización Mundial de la Salud. (2025). Estrategia mundial sobre medicina tradicional 2025–2034. World Health Organization. https://www.who.int/es/publications/i/item/9789240113176

Toledo, V. M., & Barrera-Bassols, N. (2008). La memoria biocultural: La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. Icaria Editorial.

UNESCO. (2003). Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial. https://ich.unesco.org/es/convenci%C3%B3n

UNESCO. (2017). Education for Sustainable Development Goals: Learning objectives. UNESCO. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000247444